

CAMBIO SOCIAL, UNIVERSIDAD Y CLASES MEDIAS URBANAS: EL CASO DE LA UNAM

LARISSA ADLER LOMNITZ
Universidad Nacional Autónoma de México

El esquema evolutivo de la universidad estatal latinoamericana está estrechamente relacionado con los grandes cambios políticos y sociales de las naciones.

En la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), al igual que en sus congéneres de la América Hispana, hemos presenciado profundas transformaciones que reflejan primero la transición de una sociedad preindustrial y agraria a una sociedad predominantemente urbana y en vías de industrialización y últimamente de la transición que resulta del proceso de globalización. Al primer tipo de sociedad corresponde una universidad de elite, constituida por un puñado de facultades, con planes de estudios rígidamente encaminados a la formación de profesionales liberales. La meta de esta universidad es el título profesional.

En el presente siglo, junto con el auge de las clases medias y la entrada de los países latinoamericanos a la etapa de industrialización, la universidad elitista no responde ya a las necesidades de educación de masas (Trowe, 1970). Las grandes universidades nacionales sufren una incontenible expansión numérica que corresponde al crecimiento de las clases medias y se crean nuevas carreras adaptadas a las exigencias de una economía más compleja y una sociedad más dinámica. En el caso de México, se construyen grandes campus universitarios en los cuales se concentran todas las facultades, escuelas e institutos que anteriormente funcionaban en diferentes locales en la ciudad, con la consecuente concentración de grandes masas estudiantiles. Se fundan institutos encargados de la investigación científica, de la creación artística y de la difusión de la cultura como organismos paralelos e independientes de las antiguas facultades, y se les asignan funciones de creciente importancia en el desarrollo nacional. Se profesionaliza la carrera académica que anteriormente estaba a cargo de los antiguos egresados de las profesiones liberales —médicos; ingenieros; abogados— que dedicaban una fracción de su tiempo a la enseñanza universitaria (Brunner 1985). Paralelamente a esta evolución, las grandes universidades nacionales latinoamericanas manteniendo su función crítica y de estudio se han transformado en campos de batalla ideológica (López Cámara, 1974: 3).

En este trabajo proponemos un modelo dinámico de los procesos internos de la UNAM, en función a sus vinculaciones con el sistema socio-político nacional. Para

ello, partimos de la base que las funciones de la universidad en el sistema nacional no se limitan a las estrictamente académicas, tales como la docencia, la investigación y la extensión cultural, sino que incluyen algunas funciones implícitas muy importantes, tales como permitir controlar la movilidad social, estimular y encauzar la crítica social y crear las bases ideológicas, éticas y políticas de la nacionalidad mexicana. Algunas de estas funciones pueden interferir con otras, especialmente las explícitas con las implícitas, ocasionando conflictos entre diversos grupos o corrientes que sustentan ideales contrapuestos acerca de lo que debe de ser la Universidad. Proponemos plantear la dinámica de la UNAM en términos de las contradicciones que se producen entre las diferentes funciones que la Universidad está cumpliendo con relación al sistema nacional.

ORÍGENES DE LOS CONFLICTOS

Los conflictos internos en la Universidad pueden interpretarse como luchas (abiertas o latentes) entre varias corrientes que personifican diferentes proyectos de la Universidad. Estos diferentes proyectos pueden resumirse en dos corrientes principales: la primera pretende un tipo de universidad que sea productora y transmisora de conocimiento, “territorio de estudio, reflexión crítica y discusión... comunidad interpersonal centrada sobre la verdad considerada como valor fundamental, y organización de capacitación profesional que debe formar y especializar cuadros de la sociedad”, mientras que la segunda ve a la Universidad como un espacio de entrenamiento público y de crítica social (Pérez Correa, 1974, 375).

Este conflicto de metas tiende a personificarse en una lucha de fuerzas políticas. Lo que Pérez Correa ha llamado “proyectos” no son únicamente los ideales abstractos, son funciones reales y actuales que está desempeñando la UNAM, son los componentes de esa “dualidad político-académica, esa tensión interna entre los objetivos académicos de la Universidad, mismos que definen una forma específica de racionalidad y sus características políticas, sus conflictos, cuyo cuidado reclama (de las autoridades universitarias) una atención creciente” (ibid.).

¿En qué consisten las funciones de la Universidad Nacional Autónoma de México con relación al sistema nacional? Las funciones explícitas son fácilmente definibles, ya que se encuentran estipuladas con carácter de obligatoriedad en la Ley Orgánica: impartir docencia, realizar investigación y difundir la cultura. Estas funciones incluyen en primer lugar la formación de profesionistas. Un porcentaje muy elevado de líderes y burócratas de la administración pública y privada, de la política nacional y de las profesiones liberales son egresados de la UNAM. Las labores de investigación científica y de difusión cultural han crecido en importancia, al punto que la UNAM representa hoy el centro cultural y científico más importante del país.

En cuanto a sus funciones implícitas, se trata de todas aquellas funciones de la Universidad que no se hallan estipuladas ni en su Ley Orgánica ni en sus Estatu-

tos, pero que responden a presiones o necesidades del sistema nacional. Entre estas funciones nos interesa destacar las siguientes:

- a. *Movilidad social.* La Universidad es considerada como el principal vínculo de ascenso social para miles de jóvenes que desean ingresar a la clase media o que pretenden alcanzar posiciones más expectables dentro de ella (López Cámara, 1974; “Las voces del CEU”, 1987). La movilidad social que otorga la universidad no consiste únicamente en el título, sino en las grandes oportunidades de contactos sociales con compañeros y maestros. Las redes sociales que establece el estudiante en el transcurso de su permanencia en la UNAM representan para el egresado un recurso socio-económico sumamente importante. Lo mismo sucede en la gran mayoría de las universidades estatales latinoamericanas (Brunner, 1985: 49-62; García Salord, 1998).
- b. *Control del mercado laboral urbano.* La postergación por varios años del ingreso de amplios contingentes de jóvenes de clase media al mercado laboral urbano tiene además la función de controlar el acceso a las ocupaciones de mayor demanda y de regular el crecimiento de la propia clase media (Pérez Correa, 1974).
- c. *Crítica política y social.* En un sistema político que no contaba sino hasta recientemente con formas institucionalizadas de disenso, la función crítica de la Universidad adquirió una importancia esencial. En sus aspectos más constructivos esta función crítica representa un mecanismo de cambio social muy valioso y un elemento integrador de la conciencia nacional mexicana. En los años posteriores a la Revolución Mexicana, cuando el país se encontraba fragmentado en diversos grupos étnicos, políticos y regionales, la Universidad Nacional desempeñaba un papel importante al reunir en sus aulas a destacados exponentes de la cultura en un esfuerzo consciente hacia la creación de nuevos valores nacionales (Madrazo Garamendi, 1970). Durante las décadas centrales del siglo xx, la función crítica de la Universidad Nacional se expresaba en la productividad intelectual de sus miembros y en la crítica que en ella expresan. Según Monsiváis (1973), en México, la crítica social podía aún servir de válvula de escape que permitía una liberación relativamente inofensiva de las tensiones que se generaban en el sistema nacional y que podían amenazar su estabilidad.

A partir de las reformas políticas y económicas de las últimas décadas, en las que se introducen reformas dirigidas hacia una mayor democratización de la sociedad y a la vez cambios en la estructura económica (neoliberalismo), los partidos absorben en gran medida la función crítica nacional, mientras que en la universidad son los estudiantes que critican el rumbo económico del país defendiendo su futuro laboral y la posibilidad de movilidad social.

- d. *Campo de batalla.* La UNAM ha sido frecuentemente campo de batallas políticas, tanto en el sentido figurado como en el real. Las condiciones especiales de convivencia estudiantil ofrecen numerosas oportunidades a profesionales y estudiantes para participar en actividades partidarias que conciernen la vida universitaria. Por ejemplo, la transformación de la universidad de elite en universidad de masas ha producido una necesidad de crear cambios en cuestiones prácticas tales como presupuestos, condiciones de ingreso, pagos, ofertas de carreras, calidad de la enseñanza, etc., todo lo cual produce reacciones estudiantiles que con cierta regularidad desembocan en grandes movimientos que a menudo traspasan las fronteras de la universidad, afectando física y políticamente la vida urbana. Hasta cierto punto, las luchas políticas de la UNAM se parecían a los torneos de la Edad Media, donde paladines de filiación y motivación muy diversas dirimían públicamente diferendos ajenos. El recinto de la UNAM resultaba, y aún resulta ideal para esta clase de contiendas, por su relativa autonomía política y geográfica, aun cuando la ciudad misma es hoy día utilizada como campo de batalla.
- e. *Formadora de líderes políticos.* Aparte de su utilidad como campo de batalla en que diversas corrientes políticas nacionales y universitarias pueden medir sus fuerzas, la UNAM sirve de campo de entrenamiento para líderes políticos de todas las tendencias. Un alto porcentaje de los dirigentes políticos del país son egresados de la Universidad e hicieron sus primeras armas políticas en ella. (Aún en 1999 los cuatro precandidatos a presidente de la República por el PRI y el candidato del PRD son egresados de la UNAM)

La dinámica interna de la Universidad se plantea, pues, en el terreno de una serie de conflictos entre funciones divergentes, y a veces francamente contradictorias que el sistema nacional ha impuesto explícita o implícitamente a la UNAM. Estas funciones son sostenidas por fuerzas contrapuestas, que propugnan y defienden proyectos diferentes de lo que debe ser una universidad. Por ejemplo, la UNAM es actualmente el principal centro generador de investigación científica del país (Malo y Garza, 1987). A la necesidad de crear una sólida base científica y tecnológica, para enfrentarse con alguna posibilidad de éxito a las presiones provenientes de los grandes centros generadores de tecnología (Leff, 1986), se opone la conveniencia de permitir la libre expresión de toda clase de movimientos políticos internos a la UNAM, aunque interrumpen y distraigan a los equipos científicos y docentes de su labor. Otro ejemplo: en su doble papel de crisol de la conciencia nacional y de reducto del espíritu crítico, la UNAM se ha convertido en un factor político *sui generis* cuyo control es codiciado por diversas fuerzas externas a ella. De lograr sus propósitos, algunas de estas fuerzas podrían hacer peligrar la autonomía universitaria en la que se amparan muchas funciones implícitas que hoy realiza.

LA ESTRUCTURA FORMAL

La Universidad Nacional Autónoma de México, que tenía en 1997 268.615 alumnos, es una de las universidades más grandes del mundo. El personal académico suma 29.979, de los cuales 4.890 son profesores de carrera y 1.929 son investigadores. Cuenta además con 27.477 trabajadores administrativos. Además del bachillerato, otorga títulos en carreras técnicas, carreras a nivel licenciatura, cursos de especialidad de posgrado, programas de maestría y programas de doctorado. Incluye 4 escuelas profesionales independientes y 15 planteles de enseñanza a nivel secundario llamadas Preparatorias y Colegios de Ciencias y Humanidades, cada una de estas tienen sus propios campus y establecimientos en distintos lugares de la Ciudad de México, es decir además de la Ciudad Universitaria con sus 150.000 estudiantes, facultades e institutos hay otros 4 campus universitarios y 15 escuelas preparatorias. El presupuesto anual de la institución en 1997 sumaba 6.483.262.268 millones de pesos (Agenda Estadística 1997, UNAM).

Desde 1944 la organización interna de la UNAM cuenta con las siguientes autoridades: la Junta de Gobierno, que nombra al rector y a los directores; sus 15 miembros son elegidos por El Consejo Universitario o por la propia Junta. El Consejo Universitario, cuerpo colegiado cuyos miembros son: el rector, los directores de escuelas, facultades o institutos, representantes de profesores y alumnos de la UNAM, representantes de centros de extensión universitaria, representante de empleados de la Universidad y secretario general. El rector es quien representa a la UNAM y preside el Consejo Universitario. Además, hay un Patronato que administra el patrimonio de la Universidad (3 personas) y los directores de facultades, escuelas e institutos, propuestos por el rector y nombrados por la Junta de Gobierno. Los coordinadores de Ciencias y Humanidades (nombrados por el rector), con sus respectivos Consejos Técnicos que funcionan como órganos consultivos. Finalmente, los órganos que integran el Colegio de Ciencias y Humanidades y la Escuela Nacional Preparatoria: sus coordinadores, comités directivos, sus consejos técnicos, directores y el consejo interno de cada plantel; los órganos del sistema de Universidad Abierta, con su comisión académica, coordinación y las divisiones del sistema (Valades, 1974).

Con el crecimiento de la UNAM, esta estructura administrativa se ha ido complicando aún más. En las facultades, escuelas e institutos existen jefes de departamentos, consejos internos y otros funcionarios nombrados por el director o designados por el personal docente o los alumnos. Ante la creciente complejidad interna, las autoridades y los funcionarios académico-administrativos se dedican sobre todo a buscar la conciliación de intereses opuestos entre sucesivos niveles jerárquicos y entre los diversos grupos de intereses, tanto académicos como políticos. Se trata de un sistema político que busca el equilibrio de fuerzas y la estabilidad con el fin de salvaguardar valores institucionales.

LAS “CARRERAS DE VIDA” DENTRO DE LA UNAM

Utilizaremos el término “carrera de vida” para designar una especialización funcional con relación al sistema nacional. Cada individuo que pasa por la Universidad es sometido a un proceso de entrenamiento que no está limitado al contenido de un plan de estudios sino que abarca una serie de actividades y experiencias que lo habilitan para cumplir un determinado papel dentro del sistema nacional. Así como en la antigua Tenochtitlan existían “carreras de vida” bien definidas, tales como sacerdotes, guerreros, comerciantes, labradores y artesanos, en la UNAM podemos distinguir entre las carreras académicas formales que tienden a coincidir con las finalidades explícitas de la Universidad, y las carreras relacionadas con funciones implícitas, tales como la política.

Los miembros de una determinada “carrera de vida” tienden a defender sus intereses de grupo, que suelen contraponerse a los de otras carreras. Así, por ejemplo, se sabe que las presiones de los grupos políticos suelen paralizar la Universidad por períodos variables de tiempo, lo que tiende a afectar el nivel académico. Por otra parte, la resistencia tradicional de los académicos (investigadores y profesores de tiempo completo) contra cualquier tipo de participación política interpone una barrera de inercia entre los grupos políticos y sus objetivos. En el presente artículo, y con el fin de simplificar el análisis de este tipo de conflictos, limitaremos el análisis a cuatro principales carreras de vida: la *académica*, la *profesionista*, la *política* y la de los *grupos de choque*.

Cada una de estas carreras de vida tiende a conformar un grupo social con sus propias características, su propia estructura interna, sus ritos de iniciación, sus normas y valores, en fin sus mecanismos para la integración de sus miembros a un determinado rol de la vida nacional. Todas las carreras coexisten en la UNAM y se desarrollan en ella en mayor o menor grado. Según el período histórico que atraviese la Universidad.

Los académicos

Llamamos “académicos” a aquellos miembros de la comunidad universitaria que durante el período estudiantil desarrollan una inclinación por la investigación y la docencia como forma de vida. Los académicos se relacionan sobre todo con las funciones explícitas de la Universidad y al terminar sus estudios formales, tienden a ingresar al personal académico de la UNAM o de otras universidades y centros de estudios superiores. Los investigadores y profesores de tiempo completo en la UNAM son 6.819 (Agenda Estadística 1997, UNAM).

La escasez de recursos y los conflictos de diversa índole que prevalecen en la UNAM no le han impedido formar pequeños núcleos de alumnos de buena formación académica, que son absorbidos por las universidades y los centros de educación superior del país, incluyendo la misma UNAM. Esto ha sido posible gracias a un

sistema semi-tutorial bastante eficiente, aunque extraoficial. Algunos de los mejores estudiantes, sobre todo los que se interesan por la investigación científica, logran llamar la atención de los maestros durante los últimos años de la carrera. El maestro les dirige la tesis, les ayuda a conseguir una beca y los toma como ayudantes. La mayoría de los actuales investigadores de la UNAM (y muchos de los profesionistas más destacados en el ambiente nacional) han pasado por un periodo informal de aprendizaje, dirigido por un investigador, quien eventualmente podrá recomendarlos para una plaza de tipo académico (Lomnitz, 1976).

Al ser promovido a miembro del personal académico de un instituto o facultad, el nuevo investigador o profesor se enfrenta a las realidades de la carrera académica en la UNAM. Por una parte, está creando la infraestructura científica y tecnológica del país; hay núcleos de investigadores que han estado empeñados en echar los cimientos de una tradición científica, con todos los altibajos que esta labor involucra (Fortes y Lomnitz, 1991). Por otra parte, debido al predominio de las relaciones verticales en la estructura de la Universidad —y del país—, la carrera personal del académico lo conduce a ocupar cargos académico-administrativos, ya que en ellos se encuentra la principal forma de reconocimiento material y de prestigio. Paradójicamente para progresar como investigador hay que dejar de hacer investigación.

Originalmente, los puestos jerárquicos en la Universidad, incluyendo el de rector, eran desempeñados por profesionistas. Durante los últimos años, con el auge de la carrera académica, han sido los investigadores y profesores de tiempo completo los que han ejercido un amplio predominio en la administración universitaria. Cuando un académico es nombrado jefe de departamento o director, se convierte automáticamente en un miembro del círculo de autoridades que manejan los destinos de una de las universidades más grandes del mundo. Entre otras atribuciones le incumbe derivar los recursos presupuestales y el apoyo institucional de sus superiores, y distribuirlo en forma óptima entre sus subordinados. En la práctica, este rol convierte a las autoridades en mediadores que dirimen conflictos de intereses, mediante la transferencia de concesiones en ambas direcciones: representan a sus subordinados ante las autoridades superiores y a estos ante aquellas; en otras palabras, son las articulaciones entre los sucesivos niveles jerárquicos de la estructura universitaria, absorbiendo carga administrativa desde arriba y agresividad o intranquilidad desde abajo para asegurar el funcionamiento normal del sistema (Lomnitz, 1984).

Los académicos que acceden a cargos administrativos son líderes que desarrollan sus habilidades políticas, muchas veces en forma improvisada, por las necesidades del cargo. Según su desempeño, podrán ser ascendidos a cargos más elevados, que requieren talentos políticos cada vez más exigentes. En algunos casos llegan a formar parte de la tecnocracia estatal.

La labor de los líderes académicos se ha hecho cada vez más difícil, no solamente por el crecimiento numérico de la UNAM sino también por el auge de grupos de poder de tipo informal (es decir, no contemplados en la Ley Orgánica), cuyos líderes

fundamentan su poder de negociación en la amplitud de los problemas potenciales que pueden ocasionar a la gestión de las autoridades. Como ya lo explicaba Caso en 1945, “las autoridades universitarias han tenido siempre ese doble carácter de autoridades políticas, que necesitan contar con la popularidad y con el apoyo de grupos, y por otro lado, el carácter de autoridades técnicas que necesitan resolver las cuestiones de organización docente y científica desde un punto de vista puramente objetivo” (citado por Pérez Correa, 1974: 379).

Los profesionistas

Debido a su orientación hacia el mundo exterior (desde la perspectiva de la UNAM), los profesionistas son posiblemente quienes más se han perjudicado con los conflictos de objetivos y funciones en la Universidad. Si bien las exigencias para una reforma efectiva de la formación profesional en las universidades latinoamericanas se remontan al Movimiento de Córdoba de 1918 (Portantiero, 1978: 30, 58-102), éstas han continuado a lo largo de este siglo en casi todas las universidades latinoamericanas.

El manifiesto de Córdoba incluía reclamos como los siguientes: ausentismo, falta de puntualidad e irresponsabilidad de los maestros; deficiente preparación de las clases; negligencia de los maestros en mantenerse al día en sus asignaturas o en relacionarlas con la realidad del mundo actual. Todo ello sigue siendo vigente, en mayor o menor grado, en algunas escuelas profesionales de la UNAM (Carpizo, 1986). La elevada proporción de maestros por horas, cuyas ocupaciones fuera de la Universidad les impide dedicar el tiempo necesario a la docencia, puede producir fosilización de la carrera debido a la desvinculación de los centros de investigación, que son los que producen o difunden los nuevos resultados científicos y técnicos. Por otra parte, los profesores por horas son muchas veces profesionistas destacados, cuyo conocimiento práctico de la profesión es indispensable para el alumno. Estos maestros no solamente estimulan los ideales profesionales a través del ejemplo, sino que identifican y atraen a los mejores estudiantes para su entrenamiento en empresas, consultorios o bufetes, y en la administración pública. Este tipo de supervisión tutorial representa un importante complemento a la docencia, a la vez que un camino de reclutamiento selectivo a la profesión. Desde el período de sus estudios, los profesionistas están orientados sobre todo a una carrera fuera de la UNAM; sin embargo, mantienen importantes relaciones con ella a través de la docencia y de las asociaciones gremiales, que representan grupos políticos y de presión importantes. El peso político de los gremios, tales como médicos, ingenieros, arquitectos, economistas, etc., se hace sentir tanto en el medio nacional como en la propia UNAM.

En general, estos grupos reflejan la tendencia de los profesionistas de identificar a la Universidad principalmente con sus objetivos técnico-académicos (con la posible excepción de aquellos gremios que contienen una importante proporción de políticos profesionales, tales como los abogados y economistas). La gran mayoría de

los estudiantes de licenciatura ingresan a las facultades técnico profesionales¹ y sus maestros por horas representan un contingente numeroso e influyente en el seno de la comunidad académica. La carrera de los profesionales representa un contrapeso a la corriente que aspira a una mayor politización de la UNAM. Por otra parte, es relativamente pequeño el grupo de profesionistas que eventualmente ingresa al personal académico de la UNAM en calidad de investigadores y profesores de tiempo completo. Las facultades profesionales ofrecen el principal camino de movilidad social y de ingreso a la clase media, aunque el nivel de deserción durante la carrera es alto. Existe en la mayoría de las facultades de este tipo un fenómeno de “implosión”. Los estudiantes tardan mucho en egresar y algunos nunca completan los requisitos del título, que incluyen la entrega de una tesis profesional (Carpizo, 1986). Teóricamente, estos subprofesionales continúan siendo alumnos de la UNAM, pero en la práctica ingresan al mercado laboral de las profesiones en calidad de “pasantes”. Este fenómeno tiende a crear en México una masa de subprofesionistas, de preparación incompleta o deficiente, que ingresan en las filas de la burocracia pública o privada y desempeñan labores de tipo técnico.² Se ha observado, asimismo, que las facultades profesionales que ofrecen menos perspectivas de trabajo para sus egresados son también las de mayor intranquilidad política.

Los políticos

Los “políticos” son miembros de la comunidad universitaria que, a partir de su período estudiantil, manifiestan un interés activo por la política, es decir, por la participación puede ser a favor o en contra del sistema político vigente, o puede representar diferentes facciones dentro de la política oficial o universitaria. Los políticos se relacionan con aquella corriente que considera que una función primordial de la UNAM —si no la esencial— consiste en comprometerse con la realidad política del país.

Existen en la Universidad diferentes estilos de acción política. Por una parte existe el “activismo”, que se caracteriza por un despliegue de actividades tales como asambleas, mítines o la distribución de volantes. Otro estilo de acción política, menos conspicuo pero más acorde a la tradicional cultura política mexicana, es el “amiguismo”

1. En el ciclo 1985-1986 se inscribieron en la UNAM 136.870 estudiantes a nivel de licenciatura. De estos, 51.046 corresponden a las siguientes facultades: Contaduría, Administración, 15.286; Ingeniería 12.104; Derecho 10.426; Filosofía y Letras, 7.022 y Medicina, 6.609.

2. Estas tendencias a la subpreparación y pérdida de mercado para profesionistas de la UNAM (la disputa por la UNAM 1987) se han agudizado en los últimos años, como puede apreciarse en numerosos avisos de compañías que indican claramente “inútil presentarse egresados de la UNAM”. Ello ha producido un auge de las universidades privadas, sobre todo en lo referente a preparación de profesiones tradicionales (medicina, veterinaria, leyes, etc.). Sin embargo, los académicos y los políticos aún continúan egresando de la UNAM; así mismo, la burocracia estatal (Meyer y Lomnitz, 1987).

que se ejerce a través de las conexiones personales. Ambos estilos no corresponden necesariamente a un esquema de lucha de clases, sino más bien a pugnas entre líderes, estratos de la clase media o diferentes grupos generacionales y gremiales.

Algunos estudiantes de primer ingreso ya poseen experiencia previa en organizaciones políticas a nivel medio superior. Otros sienten atracción por la actividad política y gravitan hacia la participación en grupos de diversa índole. Las preparatorias universitarias incluyendo el Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH), representaban competencias en las elecciones de sociedades de alumnos y los concursos de oratoria. Allí, fueron surgiendo líderes y núcleos politizados que comprendían todo el espectro político, desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha. Durante algunos años después del 68, el principal semillero de líderes fue el constituido por los Comités de Lucha de las distintas facultades universitarias, seguido por un período de pasividad estudiantil (García Salord, 1985: 52-55).

Una vez integrados al gran crisol que es la masa estudiantil de la UNAM, los “políticos” se ven afectados por fuerzas contradictorias: el flujo y reflujo de la política nacional, las exigencias de la vida académica y la propia evolución intelectual y afectiva. Continuamente se rompen vínculos con el pasado y se crean nuevas lealtades. Eventualmente un grupo poco numeroso constituye el campo de acción de los “políticos”, del cual se van reclutando los activistas, que, dependiendo de la situación (problemas específicos), se moviliza. Es necesario destacar que la carrera de “político” es tan exigente como la de “académico” y que, ya en los últimos escalones de ambas carreras, el tiempo rara vez alcanza para dedicarse a ambas a la vez. Los líderes, ya sean académicos o políticos, se entregan totalmente a su respectiva vocación. Podemos observar que los movimientos políticos en gran medida exigen reducir las exigencias académicas de la Universidad.

La estructura de los grupos políticos generalmente comporta un líder (aunque ha habido excepciones en situaciones de movimientos masivos), rodeado por una plana mayor de su confianza, y apoyados por activistas que se reúnen y trabajan regularmente pero que no se dedican exclusivamente a la política. El ascenso dentro de estos grupos depende de la lealtad, del grado de dedicación y de la capacidad de liderazgo. El líder político debe tener características y cualidades específicas: aparte de ser hábil y carismático, debe estar bien informado, atributo esencial y recurso importante en un sistema de información restringida donde el rumor es muchas veces la base de la vida política.

Una de las funciones del líder político tradicional consiste en mantener relaciones personales con la burocracia universitaria, lo que le permite intervenir en conflictos entre estudiantes y autoridades sobre asuntos tales como inscripciones, derechos de examen, cambios de carrera y los reclamos o quejas sobre diversos problemas académicos que afectan a los estudiantes. Eventualmente el líder se convierte en mediador reconocido por ambas partes y adquiere un nicho personal dentro de la estructura de poder de la universidad. A través de sus tratos con la dirección de las facultades o

escuelas, acrecienta su prestigio, lo que a su vez le permite ganar más adeptos. Desde el punto de vista de las autoridades, el líder político controla la tranquilidad del estudiantado, lo que representa un recurso básico y una importante carta de negociación para el líder. Dentro del contexto político universitario y nacional, el líder interviene además en el juego de alianzas tácticas y enfrentamientos estratégicos entre grupos rivales, que constituyen, en cierto modo, la parte más visible de la vida política de la UNAM. Pero la cualidad más esencial de un líder consiste en su talento y habilidad para captar y canalizar las inquietudes reales de sus bases: traducir en palabras y en acciones concretas las aspiraciones y los problemas objetivos del estudiantado.

Según Smith (1979), hasta un 70% de los líderes políticos mexicanos de más alta jerarquía son egresados de la UNAM y algunos grupos políticos formados en esta etapa estudiantil se proyectan más tarde en la vida política nacional como “camarillas”: “Si un joven mexicano me preguntara cuáles eran los caminos para maximizar sus oportunidades de introducirse en la política, de subir y mantenerse en ella dentro del sistema tal y como ha sido, yo le recomendaría lo siguiente: primero que estudie una carrera universitaria, de preferencia en la UNAM. La carrera universitaria es casi una condición indispensable para la admisión en la elite nacional, en particular en el nivel superior de la misma y la UNAM es un terreno propicio para establecer contactos con otros aspirantes a políticos y para formar camarillas” (Smith, 1979).

Por otra parte, los políticos de oposición al régimen tradicional han ido ocupando posiciones importantes en los nuevos partidos de oposición tales como el Partido Revolucionario Democrático, repitiéndose así el patrón tradicional de la carrera política.

Los grupos de choque

A partir de la década de los sesenta han existido en la UNAM pequeños grupos de estudiantes organizados según el patrón de la pandilla juvenil que se han destacado, pese a su reducido número, por constituir una carrera de vida diferente a las anteriormente descritas. El ejemplo más conocido es el de los pandilleros vulgarmente llamados “porros”, que se prestan a ser utilizados por grupos de presión circunstanciales, quienes les proveen de recursos y consignas. Las actividades de los grupos de choque eran esencialmente delictivas: cuando no actuaban para algún grupo político se dedicaban a los robos y asaltos por cuenta propia. Sin embargo, su importancia trasciende la simple delincuencia puesto que se relacionan con una función implícita de la universidad: la de servir de campo de batalla para ciertas luchas políticas. Como tales, los grupos de choque pueden adquirir una notoriedad fuera de toda proporción a sus fuerzas reales en determinadas coyunturas de crisis de la UNAM.

Por su complejidad, el tema de los grupos de choque no puede abordarse aquí sino en forma muy superficial. En general, puede decirse que estos grupos se relacionan con las funciones implícitas de la Universidad: reflejan, por lo tanto, los

diferentes estilos políticos que en ella se han utilizado. Así, por ejemplo, a partir de 1968 observamos una mayor utilización del lenguaje populista de izquierda entre los grupos de choque. Este hecho ha contribuido a la desorientación y a la pasividad política entre las grandes masas estudiantiles, debido a la confusión de símbolos— Originalmente los grupos de choque fueron utilizados por las autoridades universitarias mismas; posteriormente fueron manejados por políticos externos a la Universidad. A partir de los setenta fue surgiendo una nueva generación de políticos que combinan la utilización de grupos de choque con un lenguaje correspondiente a ideas de corte más moderno. Por último, existían pandillas que no se relacionan preferentemente con la política sino con el tráfico de drogas y con la delincuencia en general.

Los grupos de choque del estilo “porro” solían surgir (hasta 1970) en las “prepas” y su composición socio-económica era predominantemente de estratos pobres (Guitain Berniser 1975: 115-118). Sus integrantes eran rebeldes juveniles, cuyo sistema de valores tendía a intensificar el delito con una actitud de reto a los valores burgueses de clase media, acatados por el resto de la población estudiantil. Esta actitud se apoyaba en la ideología del “machismo” y muchas veces convertía al “porro” en héroe cultural, aunque fuese a regañadientes, para muchos prepatorianos de clase media. Las satisfacciones aparentes que brindaba la participación en estas pandillas eran inmediatas y visibles: dinero, automóviles, chicas, y poder sobre estudiantes y maestros.

El líder “porro” surgía en contiendas que generalmente implicaban el uso de la fuerza. Era inteligente, informado, hábil y sagaz. Centralizaba la disciplina y el reparto del botín, y hasta hace poco gozaba de impunidad. Gracias a sus contactos con otras pandillas (no necesariamente universitarias, ya que existen pandillas muy similares en los barrios populares), el líder podía movilizar una fuerza de choque bastante considerable en caso de necesidad. Dentro de la Universidad o en las preparatorias, los líderes de grupos de choque se proyectaban como mediadores y su poder solía basarse sobre todo en la intimidación explícita. El poder del líder se transfería a sus bases en forma de “favores” que éste podía conferir a voluntad: tales favores se cobraban posteriormente, por ejemplo, cuando se organizaba un encuentro o un acarreo.

La carrera eventual de los miembros de grupos de choque dependía de su habilidad jerárquica en el grupo. Algunos acababan por ingresar a las diversas policías o llegaban a desempeñar funciones subordinadas en la política; otros se encaminaban a la carrera del delito y su secuela de cárcel, destierro y muerte. Ha habido “porros” rehabilitados; sin embargo, para la mayoría parece tratarse de una “carrera” rígida y escasa de opciones desde el momento del reclutamiento hasta la terminación de sus funciones en el sistema.

A partir de los ochenta los “porros”, como grupos de choque político han dejado de actuar. Sin embargo, siguen presentes en otras universidades públicas y reaparecen en momentos de crisis ya que la estructura vertical de la pandilla con sus líderes y seguidores continua dándose entre los jóvenes de nivel bachillerato. Así vemos que durante los conflictos estudiantiles de 1999, además de los liderazgos y

grupos políticos de corte tradicional, aparecían grupos no identificados de pseudoestudiantes que aparentemente funcionaban como grupos de choque asociados a grupos de poder externos a la Universidad. Por ello, aún cuando podríamos decir que la “carrera” de “porro” se está extinguiendo con las crecientes demandas académicas de la Universidad, parece ser importante tomarla en cuenta por el efecto que tienen en momentos de ciertas coyunturas políticas nacionales con su consecuente inestabilidad y que a su vez afectan al estudiantado.

ALGUNAS CONSIDERACIONES ESTRUCTURALES

El significado de las cuatro carreras descritas —académicos, profesionistas, políticos y grupos de choque— debe buscarse en las funciones implícitas y explícitas de la UNAM con las que se encuentran relacionadas. Cada una de estas carreras apoya y en cierto modo personifica a una de las dos principales corrientes de opinión acerca de lo que debe ser la UNAM: comunidad de estudio y capacitación o base de acción política; sea para transformar la sociedad o para mantener el sistema dominante.

Hasta ahora las autoridades universitarias que dirigen la UNAM han partido de la base que estas dos corrientes o planes de acción son fundamentalmente compatibles entre sí. Aun cuando la Ley Orgánica aparezca como favoreciendo solamente a la primera de las dos corrientes, la estabilidad del sistema obliga a que se produzca la conciliación entre ambas. A consecuencia del sistema de mediación que prevalece en la Universidad y en el país (Lomnitz, 1985), los líderes, tanto formales como informales, participan en este proceso de toma y daca a una multitud de niveles: entre sucesivos planos jerárquicos del escalafón académico, entre diferentes grupos de interés y en los contactos mutuos entre líderes de diferentes “carreras”. Se observa tanto la intermediación vertical entre niveles con diferentes grados de poder, como también el juego de alianzas e intercambios de un mismo nivel.

Existen paralelos estructurales internos entre las carreras. En cada caso se observa la formación de grupos con intereses análogos que surgen de la masa confusa e indiferenciada de los estudiantes política y académicamente desorientados. La Universidad es como un gigantesco crisol para esta masa amorfa que no entiende qué pasa ni sabe con quién identificarse. En la inmensa mayoría de los estudiantes de la UNAM, la reacción habitual es la pasividad. En períodos de conflicto político, la Universidad representa para las mayorías una madeja de confusiones y contradicciones, cuando no se posee la suficiente información para poder distinguir entre los símbolos y quienes los manejan. Un “movimiento estudiantil” propiamente dicho sólo llega a cristalizarse en ocasiones excepcionales.³

En general, desde 1929, la masa se moviliza únicamente en torno a contingencias pasajeras, susceptibles de traducirse en posiciones negociables a corto plazo para los

3. En los últimos 35 años ha habido cuatro grandes movimientos: 1966, 1968 y sus secuelas, 1987 y 1999.

líderes. Los logros concretos de tales movimientos disminuyen considerablemente hasta llegar al nivel de la masa, lo que explica, en parte, el escepticismo y la despolitización de las “mayorías silenciosas” estudiantiles.

Una vez que se forma un grupo, cualquiera que sea la carrera con que se identifique, su estructura es muy similar: hay un líder de características que se adaptan a las exigencias de la carrera y que genera lealtad. Inmediatamente debajo del líder encontramos un primer nivel de ayudantes de confianza, seguido por un segundo nivel y así enseguida. La cercanía social al líder es factor básico para la solidaridad, tratase de un grupo de trabajo en investigación, o un grupo profesional, político o de un grupo de choque. Podríamos describir la Universidad como una estructura compuesta por numerosos grupos piramidales, unos formales y otros informales, que conviven dentro de un sistema de mediación y compiten por los recursos de dicho sistema. También refleja la estructura de poder y la cultura política del sistema mexicano (Lomnitz, 1982).

Las autoridades formales de la UNAM surgen de las carreras académicas y profesionistas: son representantes de la corriente que busca el cumplimiento de las funciones explícitas de la Universidad. Pero sus obligaciones implícitas incluyen la de asegurar la estabilidad política del sistema, y por ello deben reunirse con los líderes informales en un plano de transición. La estabilidad política, de ser una condición previa para poder realizar la docencia, la investigación y la difusión cultural, que son los fines explícitos de la UNAM, acaba por convertirse en un fin en sí mismo, en el principio cardinal del sistema, tanto universitario como nacional (Reyna, 1974).

Si la finalidad primordial de las autoridades formales es asegurar la estabilidad del sistema, la de los líderes informales consiste en pugnar por obtener acceso a los recursos del sistema para grupos que no lo tienen y así adquirir la movilidad social por parte de nuevos grupos ascendentes de las clases medias y trabajadoras.⁴ El recurso que esgrimen los líderes informales frente a las autoridades es su capacidad para desestabilizar el sistema a base de una capacitación previa de carencias y focos de intranquilidad.

Estas fuentes de perturbación provienen de problemas reales, por ello, la actuación de los líderes informales puede resultar a la postre funcional en términos de la realización de los cambios que a la postre conlleven a la preservación del sistema. Si el resultado de las negociaciones conduce a una transacción, se habrán cumplido simultáneamente las funciones formales e informales de la Universidad. Los líderes de ambas partes habrán contribuido a consolidar su poder dentro de sus grupos respectivos.

4. El movimiento de 1986 surge, principalmente, frente a la posibilidad de abolir el “pase automático” de los estudiantes de nivel medio preparatorio (grados 10, 11, 12) pertenecientes al sistema universitario, con lo que peligraba el acceso de miles de estudiantes a las licenciaturas de la UNAM. Esta amenaza inmediata permitió la movilización de miles de estudiantes de bachillerato. En 1999, el movimiento estudiantil surge como consecuencia de la modificación del Reglamento General de Pagos que busca aumentar las colegiaturas.

Por ejemplo, el auge del sindicalismo universitario de los setenta fue un movimiento del personal administrativo y luego de los profesores por asignatura, que pugnaba por reglamentar las condiciones laborales de la creciente masa del personal administrativo. En ese movimiento se planteó un desafío al líder formal y académico, cuyo liderazgo cuasi-sacerdotal, basado en valores escolásticos, era percibido como autoritario. Los líderes políticos —entonces informales— recogían problemas objetivos laborales y los politizaban a través de planteamientos sindicales.

El resultado fue la eventual negociación entre las autoridades universitarias y los líderes representantes, que culminó en la creación de los dos sindicatos (el del personal administrativo y el académico) y, a la vez, la creación de estructuras paralelas a través de las cuales se formalizó el liderazgo informal, es decir, su inclusión en el sistema burocrático universitario.

Durante los años que siguieron (hasta 1986), la UNAM siguió su curso de crecimiento (universidad de masas), burocratización administrativa creciente, liderazgo de origen académico y pasividad política. Sin embargo, los problemas socio-económicos del país: la crisis, el aumento del desempleo y la disminución de perspectivas de movilidad social para las clases medias, y el constante crecimiento demográfico de las mismas, produjo nuevos conflictos. El movimiento de 1986, que logró movilizar en varias ocasiones a más de 150.000 personas en actos públicos repetidos, planteaba la disyuntiva de mantener una universidad abierta y populista con muy bajo nivel de preparación académica o tratar de mantener el papel formador de elites y cuadros profesionales medios que la Universidad había logrado mantener, aunque cada vez con mayor dificultad. En este conflicto volvieron a aparecer las dos corrientes tradicionales: universidad política (populista) o universidad académico-profesional.

Los cambios estructurales en el país de corte neoliberal iniciados en 1982 a raíz de la crisis de la deuda externa han implicado un achicamiento del aparato estatal con su consecuente reducción de empleos para los egresados de la UNAM, y una mayor necesidad de profesionistas liberales y de la producción de conocimientos aplicables a las nuevas necesidades que la globalización ha ido exigiendo. La UNAM ha perdido su prestigio como formadora de profesionales para la empresa que busca a su personal en universidades privadas las cuales han aumentado en número de campus y de matrícula estudiantil durante estos últimos años. A la vez, esta tendencia se ha reflejado también en el cambio de las elites estatales que más que políticas, hoy día requieren de un conocimiento técnico en economía, administración y derecho internacional que la UNAM en general no ofrece (Lomnitz, 1999).

Estos cambios exigen reformas en la UNAM si pretende seguir siendo la “máxima casa de estudios del país”. En los últimos años se han iniciado algunas reformas tendientes a detener el crecimiento masivo de la Universidad, a descentralizar sus campus, a elevar el nivel docente y a apoyar la investigación. Entre éstas, se lograron introducir reformas en lo referente al ingreso y permanencia de los estudiantes, limitando el pase automático del bachillerato a la licenciatura. En 1999, se propuso

también aumentar las colegiaturas adaptándolas a los niveles de inflación de los últimos 40 años. Este fue el detonador del movimiento estudiantil actual que en defensa de la educación pública y gratuita rechaza “la privatización” de la Universidad y la política neoliberal del gobierno en su afán de ingresar al mundo de la globalización. En este conflicto volvemos a presenciar la pugna entre la universidad política y la universidad académica. Por una parte, la sociedad requiere de una universidad que ofrezca mejor calidad en la formación de profesionales y a la vez, que siga apoyando la investigación de excelencia. Por otra parte, el movimiento estudiantil apoyado ahora por los nuevos partidos políticos externos a la Universidad pugna por crear una universidad crítica y abierta ya no solamente a las clases medias sino también a las excluidas, es decir, se ha convertido en un movimiento social que rebasa a la Universidad y que sus manifestaciones afectan no sólo a sus campus sino a la ciudad entera.⁵

BIBLIOGRAFÍA

- Agenda Estadística 1997*. México: Dirección General de Planeación, UNAM.
- BRUNNER, J. J. 1985. *Universidad y sociedad en América Latina: Un esquema de interpretación*. Caracas: CRESALC-UNESCO.
- CARPISO, Jorge. 1986. *Fortaleza y debilidad de la Universidad Nacional Autónoma de México*. México: UNAM.
- FORTES, J. y L. LOMNITZ. 1991. *La formación del científico en México: Adquiriendo una nueva identidad*. México: Siglo XXI editores.
- GARCÍA SALORD, Susana. 1985. “El proceso de refuncionalización en la UNAM después del conflicto de 1968”. Tesis para obtener el grado de Maestría en Sociología. México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNAM.
- GARCÍA SALORD, Susana. 1997. “Estudio Socio-Antropológico de la Clase Media en México: el capital social y el capital cultural como espacios de constitución simbólica de las clases sociales”. Tesis para obtener el grado de Doctorado en Antropología. Versión Mimeografiada.
- GUITAIN BERNISER, Carmen Cira. 1975. “Las porras: estudios de caso de un grupo de presión universitario”. Tesis profesional. México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.
- “Las Voces del Ceu”. 1987. *Nexos* (110), febrero.

5. El movimiento de 1999 ha tenido una duración de 8 meses. Los estudiantes huelguistas tomaron por la fuerza la ciudad universitaria y los otros campus: las 4 ENEPS y los 15 CCH. Todas las clases han sido suspendidas con la consecuente pérdida del año escolar para todos los estudiantes y algunos institutos de investigación han sido cerrados. Ha habido más de 40 asambleas estudiantiles con una duración de 15 a 20 horas por asamblea y unas 20 marchas al centro de la ciudad con su respectiva paralización del tráfico.

- LEFF, Enrique. 1986. "Ecotechnological Productivity: A Conceptual for the Integrated Management of Natural Resources". *Social Science Information* 25 (3): 681-702.
- LOMNITZ, Larissa. 1976. "La antropología de la investigación científica en la UNAM". En Luis CAÑEDO y Luis ESTRADA (compil.). *La Ciencia en México*. 13-25 México: Fondo de Cultura Económica.
- LOMNITZ, Larissa. 1982. "Horizontal and Vertical Relation and the Social Structure of Urban Mexico". *Latin American Research Review* 17 (2) 51-74.
- LOMNITZ, Larissa. 1984. "Un modelo de la estructura de poder en el México urbano". En WALTON *et al.* (dir.). *Ciudades y sistemas urbanos. Economía informal y desorden espacial: 199-201*. Santiago: Comisión Económica para América Latina y El Caribe. Naciones Unidas.
- LOMNITZ, Larissa y Rodrigo SALAZAR. 1999. "Cultural Elements in the Practice of Law in Mexico". En Dezalay YVES and Bryiant GARTH, *New Challenges for the Rule of Law*, American Bar Foundation.
- LÓPEZ CÁMARA, F. 1974. "Hacia una concepción dialéctica de la autonomía universitaria". *Deslinde*, 53.
- MADRAZGO GARAMENDI, M. 1970. "Los estudiantes en la transformación de la sociedad". VII Conferencia Nacional de Facultades y Escuelas de Ingeniería, Hermosillo, Son. Mzo. Mimeografiada.
- MALO, Salvador y Graciela GARZA. 1987. "Características de las solicitudes al SIN en 1987", *Ciencia y Desarrollo*, XII (75) jul.-ago.: 87-92.
- MONSIVAIS, Carlos. 1973. "La universidad: Contradicciones y perspectivas". *Deslinde*, 53.
- PÉREZ CORREA, Fernando. 1974. "La universidad: Contradicciones y perspectivas. *Foro Internacional* XIV-65 (3). Enero-marzo. El Colegio de México.
- PORTANTIERO, Juan Carlos. 1978. *Estudiantes y Política en América Latina. 1918-1938*. México: Siglo XXI editores.
- REYNA, José Luis. 1974. "Control político, estabilidad y desarrollo en México", *Cuadernos del CESU* (3). El Colegio de México.
- SMITH, Peter. 1979. *Labyrinths of Power. Political Recruitment in Twentieth-Century Mexico*. Princeton: Princeton University Press.
- TROWE, Martin. 1970. "Reflections on the Transition from Mass to Universal Higher Education" en: *Daedalus*, The Embattled University, 1970, vol. 99, no. 1, pp. 1-42.
- VALADEZ, D. 1974. *La Universidad Nacional Autónoma de México*. México: UNAM.

